

irrealidad y decadencia

Por Juan Manuel Molina

Este domingo es, en principio, la narración del derrumbe de una burguesía con visos de aristocracia. El libro consta de dos partes y de tres capítulos —principio, medio y fin— en letra cursiva. La primera parte se ocupa de Don Álvaro y la segunda de su esposa Chepa. La ausencia del uno, en la sección correspondiente al otro, es casi absoluta. Con este procedimiento se recalca ya, desde las raíces, el desgajamiento de un matrimonio que se mantiene sólo por los tabúes de una sociedad estancada.

Los capítulos en cursiva son narrados por un nieto del matrimonio. Por eso, y como corresponde a la situación de los valores a los que los personajes tratan de asirse, la historia central de la novela corresponde a un pasado.

El relato se mueve en dos planos temporales: el tiempo lineal de un domingo en el que Don Álvaro —hijo de Don Álvaro, abuelo de Álvaro— se atormenta por la posible presencia de un cáncer en su cuerpo; y el tiempo recobrado mediante una serie de *flash-back*, no ordenados con rigurosa cronología entre sí, que reconstruyen los momentos más intensos de todos los años anteriores. El domingo es todo el tiempo y todos los domingos, rescatados del olvido por la angustia de una situación límite.

Lo mismo vale para la segunda parte, en la que vemos esta situación en la impotencia de Chepa, mujer otoñal y frígida que ha concebido una pasión irreprimible por Maya, homicida al que libera de la cárcel y al que acecha turbamente.

Por el recuerdo de don Álvaro conocemos su infancia desposeída, su despertar al sexo, sus relaciones eróticas con la sirvienta, Violeta, institución familiar y presencia constante. Violeta es la cara nocturna de días empleados en cortejar vagamente a las "niñas fresca", de las que el buen partido Álvaro se enamora con sistemática fragilidad. Los padres de él, y los de sus pretendidas son amigos y sus respectivos abuelos eran conocidos, y sus bisabuelos... Ellas son, igual que él, hijas de generaciones. Y por tanto no puede tocarlas.

Pero puede, mientras no se sepa —y aquí vemos el doble juego del erotismo y el prejuicio— hacer uso de Violeta. Por eso en la noche Álvaro volvía a Violeta "después de pasear con la Pola y se metía en su cuarto para revolcarse con ella diciéndole Pola, mi linda, apriétame Pola que te quiero, apriétame, y la carne gorda de la Violeta se transformaba en la carne glacial de la Pola... Ella era todas. La Pola, la Laura, la Alicia, sus primas... todas".

Eso, el Álvaro de la infancia, que se mueve en un mundo gobernado por fuerzas mágicas y leyes fantásticas, y el Álvaro de la juventud, que tiene toda su vida como un brillante futuro —pero más futuro que brillante— que trata de asirse al presente mediante una sensualidad escondida. Pero don Álvaro, el de la madurez, nos hace recordar un poco al Joseph de *Dangling Man*. Por más que la concepción de la novela de Donoso sea muy distinta a la de Bellow, se advierte en algún momento que esta rutina de jubilado puede ser un poco la soledad inactiva del hombre que espera. Porque en el fondo hay cierta similitud entre las dos soledades inútiles, entre el miedo de don Álvaro a la muerte y el cáncer de esas largas horas que Joseph pasa tirado en su lecho, sin hacer nada, soportando su propia existencia.

El Álvaro de la madurez, vive prisionero del pasado; siente que se quiebra, que se deshace su propia personalidad. Y se limita a recordar su soledad aniquilante y oprobiosa, sus dos horas diarias de baño y perfume, el mito de las líneas de sus trajes, mandados a hacer donde el veneciano Luigi Botti, y el lunar que crece en su pecho y que puede ser "la caída al fondo del terror y no dormir nunca más hasta dormirse definitivamente". Y todo, en este domingo —en éste, no en otro cualquiera— en el que puede llegar el dolor de la muerte, pero en el que llega, también, el recuerdo, la presencia de Violeta; de la soledad confabulada en el gran caserón de la infancia.

Si la pasión de don Álvaro, la única que tuvo en su vida, termina en el momento de su matrimonio, en la segunda parte su esposa Chepa, que se engaña



a sí misma al encubrir sus frustraciones de generosidad obsesiva, termina la persecución física de Maya en un barrio del que su posición social le impedía, si quiera, tener conocimiento. Camina sin avanzar en un laberinto de espejos, tras un Maya que no es el Maya verdadero, con un deseo que no admite conscientemente ante sí misma. En ese barrio es despojada de sus martas —último signo de su aristocracia perdida— por una turba de muchachos harapientos. Al final de una escena de pesadilla, y al término de este domingo, pierde el conocimiento entre la podredumbre y la impotencia.

A lo largo de toda la novela vemos cómo algunos valores burgueses, que han imperado al través de varias generaciones, se resquebrajan. No por fuera, sino por dentro. Nadie se atreve a pronunciarse contra ellos, pero nadie los vive. Por eso de repente, porque son normas y costumbres que sobreviven como una corteza —la corteza que impide la entropía en una facción de la sociedad cuyo ideal es, a manera de las sociedades primitivas, la simple conservación del orden establecido—, ocurre que se ha perdido toda relación verdadera con la realidad y se vive entre la simulación y las trampas.

El resultado inmediato de todo ello es el aislamiento y el sentimiento de irrealidad. Un día don Álvaro se sorprendió por el testamento de su madre, un día se le metió el asombro en medio de un abrazo de la Violeta, a la que utilizaba eróticamente y para la cual también él era un objeto. Y este domingo se da cuenta de que en verdad nunca ha conocido a su esposa. La realidad se le desvanece y sólo le queda la conciencia, bastante opaca, de que vive en un vacío; en un limbo artificial y absurdo.

En este libro, que responde a la idea —expresada entre otros por E. M. Forster— de que una novela primariamente debe contar algo, no sabemos nunca qué pasó con el supuesto cáncer de don Álvaro. Y es que el cáncer es otro. Donoso busca la coherencia con el tema mediante una recia voluntad de mantener el rigor que la obra exige. Sin complicaciones innecesarias y con sereno dominio de la técnica, lleva las premisas hasta sus últimas consecuencias. El cáncer de don Álvaro, el cáncer de Chepa, el cáncer de una sociedad decadente no es un futuro probable sino presente. El verdadero cáncer es la pérdida de la aristocracia, el naufragio de una estructura social. No en vano don Álvaro nace al sexo en Violeta, la sirvienta, la clase baja. No en vano la Chepa muere al amor con Maya, el homicida, el paria.

Por desgracia, la novela, a partir de la segunda parte, decae sin remedio. Tras el dibujo, siempre correcto, hay una red de agujeros. Las promesas de la obra acabada no se cumplen. El desengaño es mayor debido a que la obra está plagada de posibilidades.

José Donoso: *Este domingo*, Ed. Joaquín Moritz, Serie del volador, 1968, 210 pp.